GACETA MÉDICA DE MÉXICO.

PERIÓDICO

DE LA ACADEMIA N. DE MEDICINA DE MÉXICO

CLINICA DE OBSTETRICIA.

Algo observado en México acerca de la influencia que la obesidad ejerce en la menstruación, concepción, embarazo, parto y puerperio.

HIPÓCRATES señala como causa de esterilidad en la mujer, la gordura y humedad del cuerpo. (*Obras*. Traducción de Littreé, VII, página 341), y dice: "Si la mujer es exageradamente gorda, no sale embarazada: el epiplón, grande y craso, pesa sobre la matriz, la comprime, y no puede recibir la esperma. En este caso hay que debilitar á las mujeres y prescribirlas medicamentos evacuanes: se aplicará un pesario que modifique la situación de la matriz, sin producir aire."

Andando en pos de este tema hojeando autores de datas más recientes, he hallado que Sneguireff distingue dos clases de obesidad, la congénita y la adquirida, de las cuales, la primera, según él, produce trastornos más acentuados que la segunda, desde el punto de vista de la puerperalidad. ("*Hemorragias uterinas*," traducida al francés, 1886-1887).

Briere de Boismont, en sus "*Estudios sobre la menstruación*," (París, 1842), aprecia la influencia de la obesidad sobre las reglas, de la siguiente manera: "Las personas gruesas, obesas, que hacen mucho ejercicio, menstrúan poco y experimentan interrupciones impunemente. Se ha notado esto desde la más remota antigüedad, en esa clase de mujeres llamadas *viragos* (hombrunas), las mismas, probablemente, que en nuestros tiempos reclaman el ejercicio de sus derechos y quieren á todo trance su emancipación." Como se ve, Briere de Boismont confunde lamentablemente á

las mujeres obesas con las que tienen apariencias masculinas, y concluye por declarar que "en unas y otras la menstruación es lánguida."

Dancel (Thesis de Worthington—46), opina como el anterior: "Las mujeres obesas, aun cuando sean jóvenes, dice, tienen pocas reglas ó carecen de ellas. Los hombres obesos con frecuencia son impotentes ó cuando menos tienen menores facultades viriles que los que no están recargados de grasa."

El Dr. Kisch (Thesis de Worthington—94) pudo coleccionar 208 casos de anomalías de la menstruación, á las cuales mira, unas veces, como causa, y otras, como efecto de la obesidad excesiva. Explica lo raro de la menstruación y la amenorrea, por la anemia que ordinariamente acompaña á la obesidad. Las menorragias, las metritis y endometritis, las atribuye á la lentitud de la circulación y á los estasis sanguíneos en el territorio de la vena cava inferior, determinados por la compresión de los capilares ejercida por la acumulación de masas grasosas.

D'Hally, en el artículo "Obesidad," del Nuevo Diccionario de Medicina y Cirugía prácticas, dice: "Las obesas, aun las jóvenes, tienen reglas escasas ó carecen completamente de ellas, y comunmente son estériles. Los obesos son impotentes á veces, ó cuando menos tienen facultades genésicas débiles."

Demange, en el artículo "Obesidad," del Diccionario enciclopédico, dice: "En los polisárcicos, las funciones genitales generalmente son poco activas: las mujeres están poco ó mal regladas. La amenorrea, á ocasiones, es inesperadamente seguida de verdaderas hemorragias iguales en todo á las que se observan en ciertos casos de clorosis menorrágicas."

Desde Hipócrates hasta nuestros días, casi no hay autor que se haya ocupado de la generación, que no admita el funesto influjo de la obesidad no sólo en la especie humana sino en los animales. Esta manera de pensar casi general ha dado margen á singulares tentativas, según el Dr. Thulié ("La femme," París, 1885—326.)" Para disminuir la población, úice, se ha echado mano de todos los disparates y dándose toda clase de malos consejos. Habiendo observado los ganaderos, que la crasitud de las hembras comunmente es causa de esterilidad, de una manera entusiasta se ha preconizado esterilizar á la mujer por medio del engorde. Figuros, exclama, una joven inteligente cuanto bella, sometida al engorde para procurar á los hombres placeres infecundos.....! Fourrier es uno de los más entusiastas defensores de este procedimiento; Fourrier, el mismo que ha predicado los "amores libres," la prostitución integral endere-

zada al propio fin: *la rarefacción de los nacimientos*. Los tunecinos, según Wad (op. cit.—50), engordan intencionalmente á sus hijas para esterilizarlas. Después de los esponsales, la joven es encerrada dentro de una pieza pequeña. El alimento preferido para el caso es un grano llamado *drough*, que tiene un poder engrasante extraordinario. Mungo Park refiere que hay madres africanas que engordan á sus hijas, como quien engorda gansos, á fin de que puedan servir de pasto á los príncipes y grandes señores que viajan por el gran desierto.

Mattheus Duncan ha particularmente insistido sobre las relaciones que existen entre la obesidad y la esterilidad. Después de citar en otro capítulo ejemplos de pavas y pollas en las cuales por medio del engorde se logró suprimir la puesta de huevos, el eminente partero inglés se expresa como sigue: “La excesiva alimentación y el engorde se confunden á menudo, como si una y otra cosa fuesen iguales. Ignoró cuál sea la influencia de la superalimentación ó de la alimentación con manjares especiales sobre la esterilidad; pero existen analogías tales, que disponen á uno á admitir la acción de ciertas influencias. Las plantas que son superalimentadas por medio de tierras perfectamente abonadas y fertilizantes de sobra, se ponen obesas. Mr. Thompson recientemente me enseñó un plantío de tomate beneficiado por medio de ricos abonos, cuya vegetación en lo tocante á tallos y follaje era lujuriente, pero de frutos escasa. Inmediatas á este plantío había otras matas de tomate, en las cuales se había conseguido multiplicar el número de frutos disminuyendo la cantidad de abonos. El desarrollo exagerado en punto á tallos y hojas puede considerarse como el equivalente de la obesidad en los animales, y la disminución ó falta de lozanía, como el del enflaquecimiento, y aun se puede llevar más adelante la analogía. Aunque el influjo maléfico de la obesidad sobre la fecundidad de la mujer esté universalmente admitido, no está demostrado sin embargo. La unanimidad de la opinión, esto no obstante, tiene mucha importancia, en razón á estar confirmada por observaciones sobre varios animales inferiores al hombre en la escala de los seres. En lo general, las jóvenes antes de engendrar, si no están gordas, cuando menos lucen cierta morbidez. Enflaquecen durante el embarazo, para volver á engordar pasado este período. Esta obesidad es distinta de la anterior. La obesidad en la adolescente ó en la vieja, hasta cierto punto es indicio de buena salud. La obesidad de la mujer estéril no indica un estado normal; pero no puede decirse, esto no obstante, hablando con propiedad, que constituya una enfermedad, haciendo notar que no hablo aquí más que de la

obesidad, pura y sencillamente. He visto obesas que tienen hijos; pero estos casos son demasiado pocos para justificar su separación de los casos de obesidad exagerada observados en mujeres estériles.”

Spencer establece una distinción entre la plétora normal y la plétora anormal que se acompaña de obesidad, y relaciona la esterilidad con la última únicamente. Spencer insiste con porfía sobre esta división, haciéndola consistir en que la normal no se opone á la fecundación cual sucede con la anormal. Dicha división parece justa, en efecto. Sin embargo; creo que en lugar de acriminar á la plétora, que no ofrece un estado bien definido, debería acusarse á la obesidad que sí lo ofrece. Hay una obesidad que se acompaña con la anemia globular, y hay otra zafa de ella, y de ambas, la primera es la que origina la esterilidad.” Duncan termina así: “Poco diré respecto á la curación de la esterilidad por medio del enflaquecimiento; pero sí afirmo desde luego, que la experiencia no ha dado motivo para dudar de su benéfico influjo.”

Saint-Cyr, autor de un buen tratado de obstetricia veterinaria (París, 1875, página 122), hablando de las vacas preñadas, dice: “La regla, durante la gestación es mantenerlas en buenas carnes, pero sin engordarlas. La abundante grasa recarga los órganos y es nociva al desarrollo de las crías. En algunos lugares, en Nievre particularmente, los veterinarios tienen la creencia de que la gordura excesiva causa el aborto.”

Stolz (Tesis. Estrasburgo, 1834, página 14), refiere haber observado en una mujer excesivamente gorda cinco abortos, que no ha podido atribuirlos más que á esa causa.”

Goubert ha visto en la clientela de uno de sus colegas una mujer sana, pero excesivamente gorda, abortar ocho veces consecutivas.

El Dr. Auvard ha atendido á una mujer que ha abortado repetidas veces sin más motivo que la excesiva gordura. El mismo profesor cree que la obesidad constituye un estorbo de consideración para la parturiente y para el partero.

Por lo que respecta á la lactación, en Europa es generalmente aceptada la creencia de que las obesas son malas nodrizas. Para que una nodriza sea buena, dice Devillers (Diccionario de Jaccoud, artículo “Nodriza”), debe ser moderadamente gorda. Según Demange (Diccionario Dechambre, artículo “Obesidad”), en la obesidad los senos están considerablemente acrecentados; de lo que resulta que en medio de esa enorme masa grasosa, los *acini* glandulares están constreñidos, y en consecuencia, la secreción láctea, cuando llega á establecerse, es escasa. Auvard dice ha-

ber visto las dos cosas: obesas, excelentes nodrizas, y obesas que no han podido amamantar á sus hijos ni á los ajenos, por falta de leche.

Con la copia de datos bibliográficos que antecede (que podría acrecer á mi antojo, tanto así abundan en los libros de medicina antiguos y modernos), basta para que mis ilustres colegas se persuadan de que el tema de la presente Memoria nada tiene de nuevo, ni de raro tampoco. Cuantos puntos voy á tratar, están tocados en muchos libros. Mas como esos libros nada dicen de lo que pasa en México, ni en la bibliografía nacional hallé nada tocante á estos puntos: *influencia de la pinguosidad ú obesidad en la menstruación, la concepción, la gestación, el parto y la lactación en las mujeres de nuestra raza*, he pensado empezar á llenar este hueco, evocando recuerdos, compulsando notas, y consultando amigos, con la mira de que otras personas, con más tiempo y mejores dotes, completen y perfeccionen este trabajo escribiendo una monografía que contenga enseñanzas útiles en la práctica mexicana del arte obstetrical.

* * *

Es creencia general, que toda persona gorda necesariamente ha de ser fuerte, vigorosa y disfrutar de perfecta salud. Las gentes dicen: ¡qué gordo está fulano! como si dijeran ¡qué sano está! ¡Qué flaco anda sutano, qué mal está! Esto se oye todos los días, y depende de que á ojos vistas se confunden dos cosas diferentes: la robustez y la obesidad; ó hablando en términos técnicos: la *polisarcia*, ó sea la mucha carne, y la *obesidad*, ó sea la mucha grasa. La obesidad, en vez de ser una muestra de salud, prueba lo contrario: la obesidad es una enfermedad real y positiva. La obesidad ocasiona varios trastornos funcionales; entre estos deben contarse los que particularmente se relacionan con las funciones genitales. No sólo los médicos sino hasta los filósofos se han ocupado de esto. Schopenhauer (Traducción de Bondean, página 101), después de abordar la cuestión de la atracción de los seres, dice: “La cuarta consideración (que dirige nuestra inclinación y elección) es cierta exuberancia de carnes; quiere decir, la predominancia de la facultad vegetativa, de la plasticidad, porque promete al feto rica nutrición; y por eso es que una mujer aventada y flaca repugna hasta más no poder. Unos senos redondeados, bien hechos, ejercen notable fascinación sobre los hombres, porque hallándose dichos órganos en directa relación con las funciones generati-

“vas de la mujer, brindan al recién nacido rica y sabrosa alimentación. “Las mujeres excesivamente gordas repugnan, dan en cara, porque la “exagerada crasitud es signo de atrofia uterina, y de esterilidad en consecuencia. No es la inteligencia la que sabe esto, sino el instinto el que “lo adivina.”

Según se ha visto, Schopenhauer distingue bien la robustez, de la crasitud. En cuanto á esta última hay que establecer otra distinción importante, hecha ya por el Dr. Auvard. Existen dos clases de obesidad. Hay obesas plétóricas y hay obesas anémicas: esas cualidades no se excluyen. Abundan ejemplos de unas y de otras. El Dr. Auvard establece todavía otra distinción, que en mi concepto tiene más de imaginaria que de real. Obesas en las cuales las vísceras no son invadidas por la infiltración adiposa, y obesas en las cuales las vísceras lo están á la par que el tejido celular subcutáneo. En el primer caso únicamente resulta perjudicada la forma exterior, la estética, digámoslo así; y en el segundo, el daño es mayor. Las funciones de las vísceras engrasadas, del corazón, hígado, riñones, ovarios, trompas, útero, se hacen incorrectamente; de donde vienen consecuencias, á veces leves, á veces graves, y á veces mortales, unas y otras íntimamente correlacionadas con el grado que alcanza la alteración de los tejidos y con la importancia del órgano más engrasado. He dicho que esta distinción del Dr. Auvard es más ilusoria que real, porque no me es dado concebir *à priori* que el depósito de materiales hidrocarbonados procedentes de la alimentación, se haga sin la conveniente y proporcional distribución entre la masa total del tejido celular de toda la economía, prefiriendo el subcutáneo al resto de los demás tejidos; siendo así que todo él, subcutáneo ó visceral, tiene idéntica naturaleza, y no existiendo, además, ninguna razón de preferencia de parte de la sangre arterial, portadora y distribuidora de los elementos nutritivos en las justas proporciones y conforme á las exigencias de cada tejido. El acopio de la materia crasa se ejecuta con entera sujeción á las leyes fisiológicas, conforme lo demuestra la fisiología comparada, en las vacas, bueyes, carneros, cerdos, perros y aves de corral. Cualquiera de los animales dichos, sujeto al sistema del engorde, se recharga de grasa por dentro como por fuera. Los hechos que comprueban esta verdad son tan comunes, que siempre que se ofrezca pueden aducirse cuantas pruebas se deseen.

Las obesas andan mal regladas generalmente. Los desarreglos consisten en la *dismenorrea*, la *amenorrea simple* y la *amenorrea exfoliativa*. A ocasiones se observa la *menorragia*; pero esto es raro. En mis apuntes fi-

gura mayor número de obesas dismenorreicas que amenorreicas; debiendo de advertir, que la amenorrea de que aquí trato es temporal y no permanente, aunque esta última no deje de observarse una vez que otra. La amenorrea es interrumpida por menstruaciones generalmente dismenorreicas que aparecen á plazos largos ó cortos, cada dos, tres ó cuatro meses, y cada siete, ocho ó nueve también. Entre obesas doncellas ó solteras, la repetición frecuente de estas irregularidades, (como sucede con todo lo que se vuelve costumbre) acaba por la connaturalización. Habitúanse á vivir en este desorden, y hasta se conforman con él si la irregularidad no se acompaña de dolores ú otras molestias, si ahí para todo; en cuyo caso confiesan que tanto les da menstruar como no menstruar. No así cuando sufren de alguna manera; desean de todas veras perder sangre, en razón á que dicha pérdida, cuando llega, las ahorra los sufrimientos que las aquejan cuando no tienen el natural desahogo.

Como decía, una de las formas de dismenorrea que se observa en las obesas (aunque no es exclusiva de ellas), es la llamada *exfoliativa*, en cuyo caso, sobre todo tratándose de casadas, la amenorrea temporal, ya por los trastornos funcionales que por sí misma provoca, ya por las ideas que suscita el poder de la imaginación (que en casos de esta especie va más lejos de lo que uno pueda figurarse), dánse por embarazadas, llegan á hacerlo creer á sus deudos, y no parando ahí, hacen tragar el anzuelo hasta á los mismos médicos, que dan la cosa por hecha y lo aseguran con toda formalidad. Bien sabe mi ilustrado auditorio que la imaginación, esa loca que vive en el cerebro de todo el que piensa, es una facultad eminentemente creadora. Revive los recuerdos del pasado, da cuerpo á los ensueños del presente, y hace brotar las esperanzas del porvenir, abriendo horizontes inmensos, descubriendo mundos poblados de fantasmas halagüeños. De la combinación entre ciertas cosas aparentemente reales y lo figurado, resulta, como decía, que las amenorreicas pingüedinosas lleguen á creerse positivamente embarazadas, sirviendo de pie al bello castillo aéreo, *la suspensión temporal de los menstros*, sobre cuya discutible base vienen luego, el desarrollo real del vientre, los ascos, las acedías, los antojos, y las melancolías y languideces, que no faltan por supuesto. El marido, que aspira á conquistar el honroso título de padre; que delira con aparecer ante el mundo con la virilidad bastante para reproducirse; los deudos de ambas partes, que por largo tiempo han demandado á Dios y á sus santos, nazca de aquel matrimonio un heredero de la belleza y virtudes de la madre, del talento y la fortuna del padre; y hasta los médicos, repito, que

como nadie pulsan los inconvenientes y peligros de la esterilidad matrimonial, todos, todos, se alucinan con aquellas apariencias lisonjeras que tarde ó temprano se desvanecen como el humo. Una de dos: ó el día menos pensado aparece la menstruación, acompañada de los caracteres que de ordinario reviste en cada persona de las que se trata, cuya solución es la más sencilla aunque no la más corriente, ó la suspensión menstrual dura más de lo de costumbre, aumentando el desarrollo del vientre, de los senos, los trastornos funcionales, y la ilusión misma, que de día en día ha venido tomando más cuerpo (y que en trances de esta suerte suele pararse en la vulgar creencia de la prolongación de la preñez, no por uno, ni por dos, sino por mayor número de meses), en cuyo caso, transcurridos ocho, nueve ó más, sienten incomodidades, dolores, y todo cuanto precede al trabajo del parto; los interesados creen llegado el momento de nacer el producto, de que se realice aquella acariciada ilusión; las familias se ponen en movimiento, llaman á la partera y al médico, todos acuden solícitos, todos esperan, y al remate los circunstantes echan de ver que en vez de un niño vivo y hermoso es expelida porción de aguas sucias ú otros desechos, y hasta gases, inodoros ó de olor soso, obra de una hidrometría sola, ó de una hidrofisometría, cual sucedió en una cliente de Velpeau, en cuyo caso, como resulta de propia confesión, uno de los chasqueados fué Velpeau mismo, conforme consta en la obra de este ilustre partero; ó cual acaeció á los profesores Robredo, Olvera, Romo y Licéa, en Toluca, hace muchos años, con la esposa del primero.

Otro de los sesgos de esta cuestión, bastante frecuente conforme he podido observarlo, consiste en desechar, pasados uno, dos, tres y hasta cuatro meses de verdadera amenorrea, una porción de sangre líquida y coagulada, acompañada del revestimiento mucoso de la matriz; cuyos hechos, correspondientes á la dismenorrea exfoliativa, mal interpretados por lo común, sirven de sostén á la vulgar creencia de que en cada sesión de esas se consuma un aborto; siendo así, que estudios histológicos concienzudos han puesto en claro que el zurrón expulso, íntegro unas veces, hecho jiras otras, carece de las propiedades características del huevo humano abortado y expelido con la caduca que lo envuelve. Hechos de esta naturaleza observados en mujeres crasas son tan numerosos, que según mis cómputos su cifra es muy superior á la que montan los de igual índole observados en mujeres magras y anémicas. En unas y otras, la *amenorrea-dismenorrea exfoliativa*, como yo la llamo, es tomada por un embarazo, al principio, y como un aborto consumado, al fin, gracias á que los sínto-

mas reales de uno y otro se presentan idénticos en la enfermedad á que ven- go haciendo alusión.

Mientras las cosas pasan tal cual acabo de decir (poniendo aparte los desengaños y temores consiguientes á situaciones de esa naturaleza), una vez disipada la alarma y vueltas las cosas al orden, ahí para todo, pa- ra repetirse luego á largo ó corto trecho. Pero cuando es otro el camino que siguen, entonces pueden sobrevenir males de más ó menos monta. Pon- dré á la vista ejemplos de una y otra suerte.

La Señora *, muy conocida en la capital por su familia y las bellas dotes que la adornan, con marcada tendencia á la obesidad desde su ju- ventud, bajo el peso de los años llegó á serlo de modo que llamaba la aten- ción. La crasitud se elevó á un grado tal, que ella fué la primera en de- plorar la pesadumbre que reportaba, que la iba privando poco á poco de la facultad locomotriz. La crasitud se hizo galopante después de casada, y la irregularidad de su menstruación (con la cual se había connaturaliza- do) tomando una nueva faz, contribuyó no poco á empeorar una situación mala ya de sí. Casada pasados los 30 años, sucediéronse períodos ameno- rreicos de largo plazo, que en vez de ser echados á mala parte, es decir, á la enfermedad siempre vigente, la amenorrea, fueron echados á la buena, suponiendo ella, el marido, sus deudos, sus relaciones, y varios médicos, que aquellas suspensiones provenían de haberse hecho embarazada. Y aun- que á las ilusiones se sucedían los desencantos cada vez que se repetía el fenómeno de la vuelta del flujo catamenial, todos reincidían en el yerro, transcurriendo así diez años, al cabo de los cuales, llamado por consejo de mi maestro el Sr. Jiménez para que me encargase de atender á la inte- resada en su alumbramiento, muy próximo ya, conforme se me dijo, tuve la buena suerte de poner en claro el error negando que la señora estuvie- se embarazada no estándolo sino de superabundante grasa. El desengaño fué terrible, porque, aunque suavizando cuanto pude mi fallo, ella lo oyó de mis labios en los momentos mismos en que hacía los aprestos indispen- sables para la canastilla dedicada al niño por venir, verdadera obra de ar- te, hechura toda de sus manos. Encargado de la medicación y puestos en planta los recursos conducentes para combatir la obesidad, punto de par- tida de sus prolongados sufrimientos (recursos de que hablaré adelante), al cabo de algún tiempo, desaparecida la crasitud, las funciones catame- niales se hicieron en orden y se logró al cabo que resultase embarazada de una niña que vino al mundo madura, y vive para testimoniar este ca- so que llamó mucho la atención en aquel entonces. Después volvió la mens-

truación regular durante algunos meses, viniendo á poco la menopausía. A no haber sido tan oportuna la intervención del arte, de seguro que prosigue la esterilidad, y marido y mujer, entonces, se habrían visto privados del ángel que transformó en paraíso aquel hogar, durante tanto tiempo sumido en la más espantosa desolación.

Otro ejemplo del mismo cliché es el siguiente:

La Señora *, de noble prosapia y de relevantes prendas, obesa también, aunque no al grado de la anterior, víctima de desarreglos catameniales antes y después de su enlace, que se efectuó cumplidos treinta y tantos años, después de sucesivas detenciones del período durante dos y tres meses á lo sumo, terminadas todas ellas por procesos de dismenorrea exfoliativa calificadas por los médicos que la atendían de abortos de falsos engendros, y desahuciada por ellos de ser madre, perdida ya toda esperanza vino á mis manos, y combatida la pinguosidad, por una parte, y una dispepsia que la atormentó por mucho tiempo, vió al cabo venir la menstruación en el orden debido, resultando á poco embarazada de una niña que nació felizmente y vive para certificar el hecho. También fué oportunísima la intervención del arte en este caso, porque aunque la menstruación volvió con regularidad, la menopausía sobrevino poco después anunciando que las funciones de los ovarios entraban en el período de receso.

Otro ejemplo:

La Señora *, sobrina del Dr. Menocal, residente en Morelia (quien tuvo á bien recomendarme personalmente el caso), notoriamente obesa, casada, como las anteriores, en edad propecta, y generalmente mal reglada antes y después del matrimonio, advirtió la suspensión de su flujo catamenial partiendo del 19 de Julio de 1890. Consultado el mes de Septiembre siguiente, supe de boca de la interesada, de la madre de ésta y del marido, que desde la primera falta se habían venido presentando ciertos trastornos, que unidos á la amenorrea les hacía creer que se trataba de un embarazo. Dejé mi opinión en suspenso, y, por sí ó por nó, recomendé los cuidados higiénicos de estampilla en tales casos. Continuaron los sucesos bajo el mismo pie durante los meses de Octubre, Noviembre y Diciembre, y cuando acudí á fines de éste para reconocer el estado de la situación, supe que pocos días antes de mi visita, habiéndose presentado sangre, y no habiendo podido darme alcance, habían llamado á otro médico, que con vista de los antecedentes que le fueron suministrados por los interesados juzgó que se trataba de un aborto irremediable, atento á que la

sangre vertida era hedionda; lo cual indicaba, dijo, la rotura del huevo, la penetración del aire y la alteración orgánica consiguiente; por cuya razón debía procederse sin pérdida de tiempo á desocupar la matriz en obvio de mayores males. Entre las idas y venidas del médico, fué llamado el profesor D. José Barragán, quien con la prudencia que le caracteriza, sin conceder ni negar lo del embarazo, se limitó á recomendar quietud en el lecho y pequeñas lavativas opiadas. Pero el primer venido no opinó así al volver, y habiéndose asociado á otro profesor, joven como él, procedieron de consuno á abreviar la terminación, empleando medios dilatadores, cloroformizando á la paciente con la mira de que pudiese soportar no sólo el manipuleo sino la introducción de instrumentos para efectuar la saca del producto muerto, que dijeron estar sintiendo y hasta viendo. Después de dos días de tan ruda tarea nada salió, ni nada sacaron tampoco los operadores. Lo que manaba consistía en una poca sangre verdaderamente catamenial después de una amenorrea de cinco meses de fecha. Una metro-vaginitis simple sucedió luego; ella fué efecto de un traumatismo enteramente innecesario, conforme queda suficientemente comprobado con los hechos que describí conforme pasaron.

Los yerros de esta clase no escasean, y prueba de mi aserto es un caso que actualmente tengo en observación:

La Señora *, perteneciente á una familia de las mejor puestas de nuestra sociedad, joven de 25 años, enfermiza desde su tierna edad, demasiado consentida de su familia, que ha vivido siempre en medio del más completo menosprecio de las reglas higiénicas, que menstrúa mal desde la edad de quince, cuya pubertad vino acompañada de un crecimiento rapidísimo, contrajo matrimonio ha poco más de dos años. Casi inmediatamente después de haberse casado resultó embarazada, y en tal estado viajó por Europa, donde, estando en Roma, y después de haber subido y bajado las escaleras del Vaticano, se sintió amenazada de aborto, el cual se consumó expeliendo un producto seismesino bastante bien conformado y desarrollado. Vueltos los menstruos con toda regularidad empezó á engrasar visiblemente, y pasados unos cuantos meses se suspendió la menstruación durante cuatro ó cinco. Consultado el profesor Mr. Tarnier, reputóla embarazada, y á poco de eso volvió la menstruación, pero no la menstruación regular como la que sucedió al desgraciado aborto que dejo relatado, sino una menstruación menorragica; lunas irregulares cuya duración es de muchos días, pérdidas superabundantes, que la sorprenden después de cualquiera emoción viva y la tienen en constante zozobra. Su

aspecto actual es el que imprime la obesidad, y en cuanto á su estado, básteme decir que hay cloroanemia, neurosismo marcadísimo y visos de hipochondría.

Andando mal las reglas, natural es que ande mal también cuanto con ellas fisiológicamente se relacione. La funcionomía de un aparato, sea cual fuere, tiene que resentirse forzosamente, si por este ó aquel motivo su punto de partida empieza con la infracción de la regla á que ha de estar subordinado el comienzo, y lo que le sigue, el medio y el fin. Si la digestión se hace mal desde un principio, en la boca, por imperfecta ó incompleta masticación y salivación, lo lógico es que las digestiones gástrica é intestinal prosigan en la mala vía iniciada. Esto mismo pasa con la ovulación: el desorden, una vez iniciado, á fuerza tiene que seguir.

* * *

He leído en un libro, que quien quiera darse cuenta de la influencia de la nutrición sobre la reproducción tome doce conejos y coloque seis de ellos en un cajón á propósito y los restantes en otro; que alimente á los primeros dándoles con profusión avena, pan, salvado, patatas y yerbas, y mantenga á los otros con parsimonia, y verá, pasados seis meses de este régimen, que los primeros no se reproducen más; mientras que las crías de los segundos pululan hasta llegar á no caber en el cajón. El Dr. Gerard, autor de ese libro, explica así la influencia de la nutrición: "Yo creo, dice, que este es meramente un asunto de saturación, y nada más. Póngase poca sal en un vaso de agua, y se disolverá; póngase mucha, y el exceso de sal se precipitará al fondo sin disolverse. Aliméntese á una mujer hasta la saturación: no tendrá apetito ni deseo ni sed carnal. Estará completamente saturada; ningún sitio de su economía llamará en su socorro: esa mujer no tendrá ninguna tendencia á asimilarse celdillas extrañas; su naturaleza las repelerá por instinto, sea cual fuese la vía que se elija para ofrecerla esa asimilación; en una palabra: no habrá endósmosis, por causa de saturación. Si, por el contrario, se coge una desgraciada en estado de miseria fisiológica, absorberá como una esponja seca todo cuanto se le presente. Fricciónesele la piel con un cuerpo craso, póngasele una lavativa alimenticia, désele una alimentación grosera, poco importa. Todo se lo asimilará, todo hará cuerpo con ella, y si se le inyecta una celdilla espermática, la recibirá también y se la asimilará. Así es como se hacen los ni-

ños entre los desgraciados, termina Mr. Gerard: las infelices siempre tienen un espacio, un hueco, para guardar en él lo que les hace falta y viene de afuera." Concíbese con toda claridad, después de lo dicho, el porqué de la esterilidad, vista desde el punto de donde la estoy mirando. La economía nunca tiende á asimilarse nada que proceda de afuera si no le hace falta. La crasitud de los tejidos en las pingüedinosas es muy grande para que necesiten ellas aprovecharse de cuanto les llegue, especialmente si se les brinda por otras vías que las de la asimilación normal. La grasa todo lo invade: infiltra los tejidos, y los envuelve en una capa aisladora sobre la cual nada prende, nada se afirma; el ovario está cubierto de un cojinete craso que lo estrangula y constriñe; las funciones fisiológicas de este órgano se hacen perezosas, incorrectamente, ó son abolidas. El óvulo mismo tiene infiltradas sus envolturas, y por ende, no puede enviar sus prolongamientos conformes al encuentro del espermatozoide, ni éste puede penetrar, tampoco, hallando interceptado el paso por la envoltura crasa que rechaza el empuje de la celdilla vibrátil que camina en pos de su natural guarida. El útero sufre igualmente por causa de la obesidad; unas veces sus elementos musculares se infiltran de grasa, y otras, que es lo más común, se atrofia, como he podido comprobarlo varias veces en las puercas. El útero yace perdido en la pelvis, y tan inaccesible á veces al dedo explorador y al spéculum, que para tocarlo y alcanzar á verlo se necesitan dedos y tubos de una longitud doble de la ordinaria cuando menos. La larga distancia á que está situado el cuello, unida á la alteración del parenquima ó á la atrofia del órgano, autorizan ciertamente á contar la obesidad entre las causas mecánicas de la esterilidad.

En concepto de Mr. Auvard, la obesidad es causa indudable de esterilidad. ¿Por qué sucede esto: por una modificación general del organismo ó por una influencia puramente local sobre los órganos genitales? pregunta. "Lo probable es, contesta, que ambos elementos, el general y el local, cooperen á ese resultado. El elemento general está representado por la anemia, compañera habitual de la obesidad, y el elemento local, por las modificaciones del ovario y del útero. El ovario es susceptible de infiltrarse de grasa: el ovario se pone obeso, como las demás vísceras, como todo el cuerpo. La invasión grasosa cercena la actividad glandular, la puesta ovular generalmente es suprimida y de ahí la esterilidad, que es su consecuencia." Así como la degeneración grasosa del corazón puede ocasionar síncope á veces letales, así también la degeneración grasosa del ovario ocasiona la suspensión de la puesta ovular: prodúcese entonces un sínco-

pe ovárico que suspende la ovulación. Es cierto que no mata al individuo, la mujer; pero muere la especie por falta de procreación. En la mujer obesa se suspende la ovulación, como en el hombre obeso se suspende la espermatogénesis. El útero sufre asimismo por causa de la obesidad. Unas veces sus elementos musculares se infiltran de grasa, y otras, que es lo más común, se atrofia. La atrofia uterina de que se trata, ha sido estudiada por Grigg, Fresnel y Currier. Este último autor cree que la obesidad determina casi siempre la esterilidad por causa de atrofia uterina, y en apoyo suyo cita seis observaciones.

La atrofia uterina por obesidad parece estar ya realmente establecida de dos modos, directa é indirectamente ó por analogía. Las autopsias cadavéricas, de una parte, y los estudios sobre animales destasados previo engorde, del otro, no permiten dudar de esta verdad. En este género de estudio, emprendido por mí hace tiempo, es en el que me fundo para creerlo. Y agregaré, que las dimensiones del útero de las puercas obesas decrecen visiblemente en proporción del grado á que se lleva el engorde; de modo que cuanta más grasa se acumula en el animal, más empequeñece la matriz, y más incapaz es por lo mismo para la reproducción, conforme multitud de ejemplos lo atestiguan. ¿Pero esto quiere decir, que por ser la obesidad una de las causas de esterilidad, es una causa constante é indefectible? ¿Porque una mujer sea gorda, irremisiblemente ha de ser estéril? No, ciertamente. No una, muchas son fecundas; aunque haciendo un cómputo comparativo, haya siempre mayor número de obesas estériles que fecundas; y que la esterilidad en las primeras es efecto de la obesidad, pruébanlo dos razones: primera, que triunfando de la obesidad, las amenorreicas, dismenorreicas y menorreicas sanan y vuelven al orden natural, y restablecida la regularidad consiguen ser madres; lo que no habían logrado antes á pesar de varios tratamientos y de todos sus esfuerzos; y segunda, que zafo el tratamiento general para combatir la pinguosidad, nada, absolutamente nada extraño á él se ha hecho para venir á resultados tan satisfactorios. Ahora bien: si conforme al sabidísimo aforismo, *la clase y naturaleza de las enfermedades se denuncian por las curaciones ó los remedios*, ¿no hay suficiente autorización para creer y proclamar que los trastornos catameniales y la esterilidad que es común observar en las obesas (libres de las otras trabas capaces de producir idénticos trastornos) exclusivamente dependen de la crasitud, de la excesiva cantidad de grasa acumulada adentro y afuera, que modifica y altera la estructura de los tejidos, y perturba, más de lo que se cree, las funciones de los órganos y aparatos?

En corroboración de lo mismo pondré de manifiesto otras pruebas que no admiten réplica. Entre mis observaciones cuento dos muy curiosas: La primera se refiere á una señora que tuvo tres hijos á cortos plazos. Ausente el marido (que por asuntos mercantiles emprendió un viaje á Europa adonde permaneció más de tres años), empezó á engordar, hasta ponerse obesa, á causa de la vida sedentaria y de recogimiento que la señora creyó conveniente observar por respeto al marido ausente. Al llegar á México mi cliente encontró á su mujer inconocible. Volvió la señora á su vida ordinaria, y durante un plazo como de tres años no resultó embarazada, notando, en cambio, frecuentes desarreglos catameniales, retardos, amenorrea simple ó exfoliativa. Solicitado por ambos emprendí el tratamiento curativo de la paciente, exclusivamente dirigido á acabar con la obesidad, y se obtuvo tan buen éxito que la menstruación se restableció correctamente sobreviniendo á poco un embarazo que tuvo un término feliz. El segundo de los casos sucedió como sigue: Una señora bien constituida, madre de siete criaturas, fué haciéndose obesa sin sentirlo y sin pretenderlo. Cuando la obesidad llegó á cierto grado empezó á observar que sus desahogos mensuales eran cada vez más cortos é irregulares. A poco de esto se suspendieron completamente las reglas, creyéndose en estado interesante; mas pasados siete meses de suspensión sobrevino una hemorragia uterina que disipó esa creencia. Tratóse realmente esta vez de una verdadera menorragia. Como quiera que la señora rayaba ya en los cuarenta años, habiendo empezado á menstruar desde los once, sospeché, y así me lo dijo, que aquellos trastornos fueran dependientes de la menopausia. Creí prudente reservar mi opinión sobre este punto, y á esto me habría limitado tan sólo si mi cliente, "temerosa de ser contada ya en el número de las viejas" (textual), no me hubiera solicitado para que la medicase, dándome por razón además el venir hacía tiempo notando frialdad y despegos del marido, quien confidencialmente me confesó cierta ocasión que la gordura de su mujer le daba en cara, y le repugnaba. Apenas iniciado el tratamiento antiadiposo se presentó una enteritis aguda que me obligó á suspenderlo, y escarbando antecedentes, hube de saber que lo que había ocasionado la enfermedad era el venir tomando á pasto, por consejo de algún amigo ó amiga, y hacía cosa de dos meses, sal de Carlsbad y agua de Janos alternativamente. Suspenso el uso de estas sales, me ocupé de combatir la diarrea, que fué tenacísima, hasta el grado de enflaquecer á la señora más de lo que se pretendía. Al fin cedió el mal, empezó la convalecencia, la menstruación apareció con regularidad, se sostuvo así

por varios meses, y repentinamente se detuvo porque sobrevino un embarazo. El niño llegó al mundo á término y el parto nada ofreció de particular. Padre y madre quedaron regocijadísimos.

Como se ve, en estos dos hechos los desórdenes catameniales y la esterilidad fueron determinados por la obesidad única y exclusivamente, supuesto que terminada la una concluyó la otra. Esto enseña que una crisis de desasimilación, que una enfermedad temporal, bastan á veces para devolver á la mujer su aptitud reproductiva. Hânse visto varios embarazos venir después de una enfermedad, en la cual, el régimen dietético, por una parte, y la desasimilación por otra, han hecho las veces de tratamiento de la esterilidad por causa de obesidad. El caso observado por mí no es único ciertamente.

* * *

La influencia de la obesidad sobre la preñez ha sido probada varias veces. Lo observado en la especie humana se ha notado también en las hembras de otros mamíferos. La mucha grasa recarga los órganos y perjudica el desarrollo de las crías.

Yo vivo en la creencia (con varios autores), de que la obesidad tiene una influencia real y verdadera en la suspensión prematura de la preñez, y aunque se hayan visto y diariamente se vean obesas embarazadas que no abortan, esto nada quiere decir, ni obsta á lo esencial de la proposición, porque es demasiado sabido que las excepciones confirman la regla general. El aborto dependerá, según quieren algunos, de la compresión mecánica de la matriz debida á la excesiva grasa desarrollada en la pared abdominal y el epiplón; dependerá, según pretenden otros, de las molestias y trastornos circulatorios consecutivos del estorbo periférico que los tejidos infiltrados de grasa resienten por ello, multiplicados, acrecentados, por efecto de la degeneración cardíaca, lo cual predispone á las congestiones y hemorragias útero-placentarias precursoras del aborto; ó dependerá acaso de la degeneración grasosa de la placenta, según he podido notarlas muchas veces; el caso es, que por este, aquel, ú otro motivo, la preñez interrumpe su marcha natural en el transcurso de los meses menores generalmente, y á poco se verifica la expulsión del producto sin que sea posible evitarlo.

Como quiera que en las obesas (sobre todo en las que llegan al momento de que la vida reproductiva toque á su fin, en las que se aproxima

la menopausia), con la suspensión temporal de la menstruación coincide generalmente el desarrollo adiposo sucesivo y rápido del abdomen y los senos, y á la par se despierta más imperioso que nunca el deseo de la maternidad: el conjunto de todas estas circunstancias unido á la autosugestión progresiva, hace como decía ha poco, que la convicción presto se afiance de la esperanza, y que la mujer crea y afirme que está embarazada y hasta sienta el pataleo y manoteo del soñado hijo de su vientre. El facultativo, que en el ejercicio de la profesión tiene que ser prudente y reservado siempre, ha necesidad de serlo muchísimo más en estos casos, so pena de llevarse un solemne chasco y ser objeto de la maledicencia pública en lo privado y en lo público, en los salones y en los corrillos. La mayor prudencia y la más exquisita reserva son necesarias entonces, porque, en primer lugar, nadie ni el más conspicuo está zafo de ser víctima de las ilusiones que otros se forjen y abriguen, lo cual está comprobado por mil hechos auténticos, algunos de ellos hasta legendarios; y en segundo, porque la crasitud que embaraza á las mujeres, embaraza también á los médicos oponiéndose á que establezcan un diagnóstico diferencial entre la preñez genuina ó real y la preñez ilusoria ó falsa. La inspección del vientre nada da de sí. La palpación abdominal, que de ordinario es un recurso precioso para la diagnosis del embarazo, en casos de adiposidad exagerada, de nada sirve tampoco; las manos más diestras no alcanzan á tocar todo aquello que es preciso sentir bien para resolver afirmativa ó negativamente si existe ó no adentro un fruto de concepción. Otro tanto digo del sentido del oído: la grasa es mala conductora del sonido; la grasa embota las vibraciones que parten de los ruidos circulatorios. El tacto vaginal á su vez tropieza con serios obstáculos. En las obesas la vulva adquiere notable crecimiento; generalmente tiene entonces un espesor considerable. El monte de Venus y sus cercanías se abultan de modo que dificultan la exploración vaginal. La sínfisis púbica se encuentra á gran profundidad, á tanta á veces, que en más de una, esa región ha sido confundida con una cabeza de feto, como el Dr. Auvard cuenta que le pasó á él mismo; yerro, que por garrafal que parezca, fácilmente se explica por los cambios de disposición que determina la adiposidad si adquiere grandes proporciones. Además de eso, el cuello uterino está también tan distante del índice, que sólo á fuerza de mucho insistir, no sin molestar á la mujer más de lo debido, consíguese alcanzarlo y darse cuenta de lo que hay en realidad. El diagnóstico diferencial de la preñez real y del embarazo grasoso está erizado de tantas dificultades, es tan arduo establecerlo, que merece discul-

pa cualquier error que pueda cometerse. Por causa de esto, una vez que no olvidaré jamás, aseguré que una señora obesa (que vivía atormentada por una pertinaz esterilidad y frecuentes desarreglos catameniales) estuviese embarazada; siendo así que de veras lo estaba, según quedó comprobado dando á luz á poco un niño ó niña que la madre muestra y pasea triunfante en su carretela. El chasco que me llevé fué redondo, debo confesarlo.

* * *

Durante el trabajo del parto, la obesidad suele ser causa ocasional mecánica de distocia. Desde que se inicia el trabajo preliminar, hasta el período de expulsión, naturalmente pone trabas. La infiltración grasosa del músculo hueco del útero hace perder, ó cercena cuando menos, su facultad contráctil; de lo que resulta que la dilatación del orificio sea lenta y perezosa. Entre la elasticidad de un músculo obeso y la de un músculo magro, es superior la del último. Es bien sabido que cuando un músculo se contrae, su tamaño amengua. Un músculo constituido normalmente disfruta con entera amplitud de sus dos propiedades esenciales: la *elasticidad*, á la cual se refiere la *tonicidad*, y la *contractilidad*, que hay que considerar en sí misma desde el punto de vista de la *contracción*, que es su manera de manifestarse. El tejido muscular posee también una *sensibilidad y propiedades electro-motrices* especiales. El grado de excitación necesaria para provocar la contractilidad, la excitabilidad muscular, varía conforme ciertas circunstancias. La irritabilidad muscular se modifica en pro ó en contra, por las condiciones que intervienen en la nutrición del músculo, en su constitución química (Beaunis, Mathias Duval, Paul Lefort). El único *excitante fisiológico* es el nervio motor que en estado normal obra transmitiendo sólo la excitación partida de los centros; y ni éste, ni los agentes que ponen en juego la irritabilidad del músculo, ó sean los excitantes de la contracción muscular, los excitantes mecánicos, los físicos ó los químicos, llenan su objeto, cuando el músculo, sea el que fuere, formado de fibras lisas ó estriadas, está constituido de una manera distinta de la que requiere para llenar los fines á que está destinado. Lo escombroso de la vía y la degeneración grasosa del útero debilitan la fuerza expulsiva, y de ahí la necesidad de desembarazar la matriz por medio de la versión ó del forceps, y á veces por medio de operaciones tocúrgicas, salvo algunos casos excepcionales que figuran en exigua minoría.

Por lo que toca á la expulsión de los anexos del feto, placenta y membranas, debo decir lo mismo que de la expulsión del producto. Agotada, ó cuando menos cercenada la tonicidad de la matriz, casi siempre hay precisión de ocurrir á la extracción manual, con mayor razón si la matriz ha quedado cansada y mana sangre por falta ó insuficiencia de retractilidad. La indicación de la saca se impone imperiosamente, y no hay otro arbitrio que ejecutarla sin pérdida de tiempo.

Durante el puerperio hay absoluta precisión de vigilar á la recién parida. Las hemorragias consecutivas son amenazantes, y para evitar una terminación funesta en el momento menos pensado, hay que fajar el vientre comprimiendo la matriz en todos sentidos y propinar durante varios días una poción ergotizada recomendando á los asistentes asidua vigilancia.

Respecto de la lactancia, son tan contadas las ocasiones en que he podido observar los efectos de la crasitud en la alimentación de los recién nacidos, que no he logrado formar opinión. Reinando en México, como en muchos lugares del orbe, la creencia de que las obesas son malas nodrizas, la mayor parte de las señoras asistidas por mí han renunciado á amamantar á sus hijos y puéstoles nodrizas robustas, *polisárcicas*, pero no obesas; tan arraigada así está esa creencia. Nodrizas obesas son raras, y las que se presentan en solicitud de colocación generalmente son desechadas. Si tuviera que resolver esta cuestión, falto de observaciones directas, la resolvería por analogía. Los ganaderos, al escoger las vacas destinadas á la procreación, siguen la regla de ponerlas en buenas carnes, pero sin que engrasen más allá de cierto límite, y en dicho estado las mantienen durante la preñez, porque la experiencia les tiene probado que el recargo de grasa perjudica á las crías debilitándolas ó suspendiendo la preñez antes de que llegue el momento de la viabilidad extrauterina. También se ha observado que la leche de las vacas obesas es de inferior calidad que la de las robustas únicamente. Mi estancia durante largas temporadas en la hacienda de Cuamatla (Distrito de Cuautitlán, Estado de México) y mis buenas relaciones con Don Joaquín Andonaegui, que por muchos años administró esa finca, me proporcionaron ocasión de ver los malos efectos del engorde, en unas terneras de razas europeas escogidas allá, por su propietario entonces, Sr. Fernández del Castillo, y remitidas á la hacienda dicha para su cuidado y reproducción. Las terneras y los toros enviados, pasado el maltrato consiguiente á la larga travesía, puestos en un establo donde se les cuidaba con el mayor esmero, adquirieron una belleza tal y

una redondez de formas que los animales parecían pintados. Llegada la época de la reproducción, los animales continuaron en el establo sin pastar en los prados, sin dar un sólo paso afuera, sin aerearse ni asolearse, y su obesidad llegó á tal grado, que no me es posible significarlo. Finalizada la preñez, una hermosa vaca sucumbió por no haber podido dar á luz la cría, y otra, á poco, exigió la operación de la embriotomía para desembarazarla y salvarla. Por lo repetido de estas desgracias fuí consultado por el Sr. Andonaegui, quien cediendo al peso de mis razones, puso en planta mis consejos encaminados á desgrasar á los animales privándoles de una gran porción de la pastura escogida y abundante que se les ministraba en el establo y reemplazándola con la grama de los potreros; sacarlas y tenerlas en el campo durante el día, para que anduviesen, se asoleasen y aereasen, y bañarlas en el jagüey para favorecer las funciones de la piel; con cuyos medios todo entró al orden normal: las crías empezaron á venir vivas y sin dificultad, y la multiplicación se realizó tal cual se deseaba. Los actuales propietarios de la hacienda de Cuamatla, los Sres. Martínez y Abiega, muy conocedores de lo que traen entre manos, no han hecho reforma alguna respecto á eso, y á pesar de que en el contrato de venta de la finca se estipuló que el anterior dueño sacase un número regular de animales, los restantes, con las nuevas crías, montan hoy á un número considerable sin que por eso hayan desmerecido hasta ahora en lo que toca á la calidad del ganado. El hecho de que el pasto adelgaza y hasta trasija á las vacas, y de que se atiende á su reparación según conviene, no permite ver vacas excesivamente obesas amamantando sus crías, ni calcular, por consiguiente, si les aprovecha ó no la leche.

* * *

Añadiré, para concluir, algo acerca del tratamiento de la obesidad encaminado á corregir los males que acarrea á la mujer, de los cuales me he ocupado ya por menor.

Desde hace mucho tiempo las estadísticas demuestran claramente que mientras más pobre es un país, más se puebla y mayor número de emigrantes produce: tales son la Irlanda, la Italia y la Alemania. Recorriendo una estadística de París, he hallado en los cuarteles 8º, 10º y 18º, que representan bien las tres clases de la sociedad, una reproducción inversamente proporcional á su riqueza.

8º Cuartel rico: relación de los nacimientos con los matrimonios, 1, 9.

10º Cuartel de la clase media: relación, 4, 1.

18º Cuartel pobre: relación, 6, 5.

De lo cual deduce Mr. Gerard, que mientras mayor es la miseria, más prolifera es la población, y agrega: "Se invocarán, tal vez, otras razones que la miseria: se dirá, v. g., que si los ricos no tienen hijos, es porque no quieren y porque hacen cuanto hay para no tenerlos; mientras que el obrero va derechamente á su objeto y no hace trampas. Los médicos, continúa, sabemos lo contrario: no encontramos la esterilidad más que en las clases ricas y sabemos bien cuántos esfuerzos hacen para tener hijos. Sabemos también que la mayor parte de los obreros casados son maltusianos y hacen cuanto está de su parte para no aumentarse sus cargas; sin embargo, tienen hijos á pesar de las precauciones mejor tomadas. De donde es preciso concluir que esto es cuestión de terreno. ¿No vemos á los horticultores hacer estériles las flores, por los abonos? Transforman á su antojo en pétalos, los pistilos y los estambres. Las flores se vuelven dobles, es cierto, pero á costa de su reproducción. ¿Quiere devolvérselas la fecundidad? Basta plantarlas en el suelo; entregadas á sí mismas, las corolas desaparecen, pero los estambres y los pistilos en cambio recobran sus funciones. La vaca normanda se esteriliza tomando los ricos pastos de Normandía, donde engorda; la vaca bretona, al contrario, produce mucho pastando las hierbas escasas con que le brindan las incultas praderas de la Bretaña.

No es difícil comprender el papel que desempeña la alimentación, sobre todo la alimentación escogida, sobrado succulenta, en achaques de reproducción. De ahí se sigue que si la esterilidad tiene por única causa un régimen alimenticio muy rico, será preciso reformarlo, ó modificar cuando menos su cantidad. Es necesario levantarse de la mesa con hambre, no saciado, y hacer un ejercicio saludable. En una palabra, seguir el consejo dado por el profesor Behier á uno de sus ricos clientes que se quejaba de gordo: "Vivid con tres francos, señor marqués, pero trabajadlos."

Si nuestras damas ricas, que viven rodeadas de todo género de comodidades y llevan una vida muelle y sibarita, cambiasen de modo de vivir y abandonasen el ocio y los regalos; si por algún tiempo imitasen la vida de las aldeanas, muchas de las que lloran á sus solas su porfiada desventura llegarían á ser madres, y conquistarían el bienestar que anhelan, á poca costa. Ese ha sido mi principal punto de mira siempre que ha caído á mis manos alguna de ellas; y que el cambio de una vida por otra es eficaz,

lo prueban inconcusamente varios ejemplos de personas bastante conocidas de la buena sociedad. Esas señoras, gracias al tratamiento instituido por mí, han conseguido menstruar en toda regla, han podido concebir y parir con felicidad, y algunas hasta han tenido la buena suerte de amamantar á sus hijos.

La absoluta privación de alimentos ricos en principios combustibles, harinas, féculas, grasas y dulces, constituye la base fundamental del tratamiento. Es sabido por demás, que la ingestión de los alimentos destinados á reparar al organismo es intermitente y que la desasimilación de los tejidos experimenta continuas variaciones; de donde resulta, que la composición de la sangre ofrecería diferencias poco favorables á la regularidad de los cambios nutritivos si ella no pudiera sacar de tal ó cual punto de la economía, cuando la necesidad se hace sentir, materiales acopiados anteriormente. Estos materiales, llamados *de reserva*, son la materia glicógena (que representa la reserva del azúcar), la grasa, sustancias albuminoides, sustancias minerales (las que forman parte del cuerpo), y el oxígeno, sin el cual ninguna combustión orgánica es posible. La materia glicógena reside, entre otros puntos, en el hígado, como Claudio Bernard lo ha demostrado, y resulta de la transformación de una sustancia semejante al almidón vegetal, *zoamilina* ó *almidón animal* que, como el vegetal, es transformado en glicosa por la acción de varios reactivos: los ácidos diluidos, las bases alcalinas diluidas, ó por la acción de un fermento. Dicha materia proviene de la deshidratación de la glicosa por efecto de la digestión intestinal, y es suministrada por los alimentos harinosos y azucarados. Pero adviértase que no es esta la única fuente de la sustancia glicógena y que los alimentos albuminoides sólo pueden procurarla por medio de una reducción química más compleja que la simple deshidratación; prueba de ello es, que se le encuentra en el hígado de los carnívoros, que se alimentan de carne exclusivamente. La glicosis es absolutamente indispensable á la evolución y á la nutrición de los tejidos que la queman á la par que la reciben; razón por la cual está muy esparcida en los organismos tiernos en vía de desarrollarse, y en el embrión, donde la función glicogénica es compartida por tejidos diversos, con particularidad la placenta, los músculos y los pulmones. En los adultos dicha función se halla confiada á los músculos, quienes contienen una sustancia glicógena parecida á la del hígado que sin cesar se transforma en azúcar y ácido láctico, y según varios fisiólogos creen, en otros diversos puntos del organismo, como los epitelios bucal y genital, el bazo, el páncreas, etc. No

obstante esto, la función glicogénica en ninguna parte se ejerce con la actividad que en el hígado, adonde se aumenta el exceso de la materia sacarina suministrada por la alimentación. La glicogénica hepática, según Mathias Duval, bastaría para probar que existen depósitos de reserva en ciertos órganos, y para mostrar que la nutrición, lejos de ser directa, no utiliza los principios suministrados por la absorción intestinal sino previo almacenaje y previas modificaciones. Es este también el sentir del profesor Paul Lefort.

Iguales observaciones se han hecho por lo que toca á los alimentos crasos, que desempeñan un papel tan importante como combustibles, produciendo el calor animal como reparadores de ciertos tejidos y para llenar los huecos é intersticios existentes entre los órganos y los elementos anatómicos. Vistas desde todos estos puntos, concíbese sin esfuerzo alguno lo necesario que es el que una cantidad de grasa sea almacenada en la economía para compensar en momentos dados las pérdidas de calor y algunas otras más. El tejido conjuntivo subcutáneo é intersticial es el principal sitio de depósito ó acopio de la grasa, que absorbida por los quilíferos en el intestino delgado, y transportada por la sangre, se acumula en las celdillas de este tejido y accesoriamente en las del hígado, etc. Pero la economía no se limita á acopiar las sustancias crasas tal cual las proporciona la absorción intestinal; tales como existen en los alimentos grasosos. No. Puede engrasarse un animal alimentándole con alimentos albuminoides exclusivamente (carnes exentas de grasa). La economía puede fabricar, y fabrica con efecto, productos crasos, con carbono tomado de los alimentos hidrocarbonados, ó aprovechando también el exceso del carbono no quemado de las materias azoadas de la alimentación.

Penetrado de estas verdades fisiológicas, y convicto por experiencia de que los alimentos feculentos son los más á propósito para el *engorde* en la especie humana y en los animales granívoros y herbívoros, creo que impunemente se les pueda privar de las materias harinosas y crasas sin perturbar por eso el orden instituido por Dios para el mantenimiento de la vida y de la armonía que estableció cuando el mundo y cuanto existe, incluso el hombre, salió de sus manos omnipotentes y prósperas. Si la economía, privada de alimentos sacarinos, crasos y amiláceos, ha la facultad de hacer los que necesita, valiéndose de reacciones químicas más ó menos complejas; si por medio de estos recursos transformadores, se establecen los depósitos de reserva necesarios indispensables para el fiel y exacto desempeño de las funciones orgánicas, de cuyo conjunto armónico resulta la

vida fisiológica; si valiéndose de esas privaciones, en una palabra, cesa el desorden reinante en la economía supersaturada de grasa, en lo relativo á la ovulación, fecundación, concepción y parto, y si así se recuperan la salud y el bienestar deseados por los interesados, por sus familias y por la sociedad, que de todo desorden se resiente, con entera impunidad puede echar mano de este medio el médico en favor de las mujeres que luchan con los inconvenientes del engorde, si éste y no otro fuese el punto de mira de los males por remediar.

A este recurso habrá que añadir los demás, que hallo condensados en el consejo del profesor Behier, á su cliente el noble marqués: "Vivid con tres francos, señor, pero trabajadlos." El trabajo, la ocupación constante, el ejercicio muscular para activar las combustiones en todos los sitios del organismo sin excepción, consumirán al fin la grasa tan profusamente reservada. Este consumo es obra exclusiva del tiempo y de la perseverancia. Los baños fríos, como tónicos, y los de vapor húmedo (rusos), como moderadamente sudoríficos, son medios que usados con la conveniente discreción deben ser tenidos como buenos auxiliares. De todos ellos me valí en los varios casos á que he hecho referencia en este artículo, y de ellos me seguiré valiendo cuando se ofrezca, convicto de su inocencia y eficacia.

México, Febrero de 1891.

JUAN MARÍA RODRÍGUEZ.

CRONICA.

El 29 de Julio próximo pasado, cumpliendo lo prescrito por el Reglamento, entró en receso la Academia N. de Medicina, y el 1º de Octubre próximo comenzará el nuevo año. Quedó nombrada la Comisión permanente á la que deben pasar las reformas que se deseen hacer al Reglamento, aprobados los turnos de lectura para el próximo año, ya de los Socios titulares como de los correspondientes nacionales y extranjeros, y las cuestiones que para el mismo próximo año se sacan á concurso; estos documentos se encontrarán como Apéndice de esta entrega.